



# Confesiones de una periodista

## Otra vez la tragedia de los refugiados

En el transcurso de la semana estuve con la cantante argentina, Nacha Guevara, muy popular en su país, del cual huyó ante la amenaza de muerte de la **Asociación Argentina Anti-Comunista**. Estuve con ella en su casa, si puede llamarse así a una habitación de hotel donde uno vive entre muebles extraños, que huelen a trastiendas en series, entre ruidos desagradables que llegan desde otras habitaciones, y entre gente desconocida que va y viene, que sube y baja por los ascensores mal cuidados. La habitación donde me recibió Nacha y donde la presencia de tres chicos puso una nota de peculiar desorden, se me hizo especialmente triste. Esas torres de Tlatelolco, transformadas en "Suites Tecpan" que desde fuera parecen lujosas, en el interior son de una sordidez que vanamente trata de aparentar elegancia. La suciedad parece estar en el aire desde la entrada hasta el último piso. Y Nacha, con su alargada silueta de modelo sofisticada, con su melena de un rojo zanohoria que llamaba en la semi-oscuridad, se hacía aún más en desacuerdo con el ambiente. La tristeza se apoderaba de mí, tal vez por inconcientes recuerdos de otras habitaciones semejantes, de otros refugiados, de otros niños que de pronto se hallan fuera de su hogar, fuera de su país, alejados de las caricias de los abuelos y de la diaria algarrabía de los amigos.

¡Refugiados! ¡Cómo se multiplicaban por aquel París de hace 35 años! Llegaban de todas partes, de Alemania y de Rumania, de Polonia y de Checoslovaquia, de Austria, Hungría y de Italia... y más tarde, masivamente, de España. Países donde el fascismo,

los gobiernos policiales, o bien la miseria, obligaban a la huida. Sobre todo la gente que llegaba de Alemania llevaba el miedo en los ojos y el desamparo en su equipaje. Llegaban a menudo con lo puesto encima, demasiado felices de haber salvado la vida, de haber podido escapar a una amenaza de muerte que no se anunciaba en periódicos o en la radio, como lo hace la AAA. Eran condenas tácitas que colgaban sobre gente comprometida ya por política, ya por el arte, ya por sus ideas, ya por su origen judío. Encontraban en París la dureza de una tierra nueva que no les brindaba ningún derecho. Primero la falta de documentos los angustiaba, luego la falta de trabajo, y por fin un ambiente hostil que veía en ellos a los competidores. Hasta los mismos extranjeros, llegados unos antes, estaban dispuestos a ver en ellos al enemigo, que les iba a quitar el pan. La implacable lucha por la sobrevivencia en aquellos años de crisis económica, impedía frecuentemente la solidaridad.

Y en los hoteles baratos de los barrios obreros, donde se alquila la habitación con su estufa de gas y hay que buscar el agua en el corredor, en esos hoteles donde la policía francesa suele hacer redadas por las noches para exigir a los demacrados y asustados inquilinos: "Vos papiers"; esos lugares se hicieron con regular asiduidad, escenario de dramas familiares, de suicidios. A uno lo conocí personalmente, era un músico llegado de Berlín, se arrojó por la ventana de un cuarto piso. Otro fue el protagonista de mi primer cuento, un polaco que se ahorcó en su habitación.

Y pensar que hace apenas unos meses, con los argentinos que llegaban de paso, habíamos alegremente de las nuevas esperanzas que ofrecía el gobierno del general Perón. Los ocasionales visitantes contaban las mejoras que ya eran realidades. Me aconsejaban hacer un viaje para darme cuenta por sí misma, y estaba yo decidida a hacerlo en la primera oportunidad. Quien podría imaginar que apenas pasados unos meses todo habrá cambiado, quien podría prever el nacimiento de este engendro, reflejo caricaturesco de los SS hitleristas que es la AAA.